

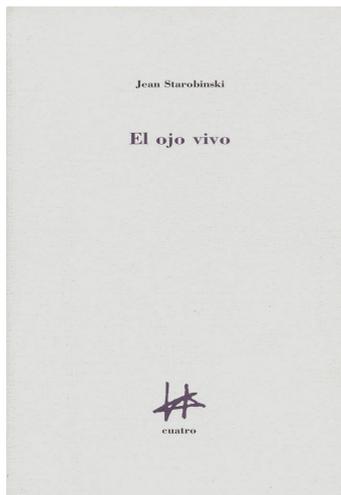
## ENSAYOS

### STAROBINSKI, HISTORIA DE LA CIENCIA Y PASADO DE LAS PALABRAS

Mauricio Jalón

Tras la lectura de *Acción y reacción. Vida y aventuras de una pareja*<sup>1</sup>, resulta evidente, una vez más, que sería muy difícil nombrar a otro estudioso y escritor de la segunda mitad del siglo XX que hubiese logrado, como Jean Starobinski, esa deseable integración de la historia de las ideas y de las ciencias con la mejor expresión y hondura literarias. La superposición de puntos de vista presuntamente opuestos, la hibridación continua que experimenta su discurso, la convergencia de métodos o de vías de aproximación a personas, obras, hechos e ideas por él elegidos hacen de sus escritos una experiencia poderosamente singular y, a menudo, inquietante.

Después de sesenta años de trabajo, la energía de una obra caudalosa como la suya, tan sólida y armónica como dotada de vetas argumentales muy dispares, se conserva incólume. Si, de modo casi imperceptible, grandes perspectivas culturales han sido despejadas y afrontadas por Starobinski desde su primer *Rousseau* y sus trabajos médico-culturales, sin darlas nunca por concluidas, otro tanto sucede en *Acción y reacción*, de estructura inicialmente más cerrada. En este gran libro, por tanto, no deja de sorprender su capacidad para dar un nuevo giro a la expresión escrita —en sus temas e ideas, incluso a veces en la naturaleza de sus asociaciones—, si bien al mismo tiempo percibimos cómo se sostiene sobre un fondo de interrogantes similar. Pues, en efecto, no dejamos de reconocer totalmente en él, una vez más, su voz, su estilo y el territorio de sus inquietudes.



---

<sup>1</sup> STAROBINSKI, J. (2001), *Acción y reacción. Vida y aventuras de una pareja*, México, FCE, 425 pp. El original, *Action et réaction*, Paris, Le Seuil, 1999, fue traducido al italiano, ya en este año, por Einaudi; su versión inglesa, corregida por su autor, acaba de aparecer (Nueva York, Zone Books).

1. *Acción y reacción* —libro de capas dispares, a veces más seco que otros escritos suyos, aunque muy rico en detalles y figuras, así como originalmente ensamblado—, es una obra mayor del ensayista suizo. Lo es por su tamaño y sus dispares filones intelectuales, por su impregnación de esos mundos del pensamiento en los que se ha ido adentrando en distintos momentos de su vida, así como por su destreza a la hora de ensartarlos. Aquí, de un modo destacado, nos muestra cómo los aportes de la historia de la ciencia (no sólo de la medicina) pueden servir en una confrontación en la que se ven envueltos, a la vez, la historia del pensamiento, de la cultura y de la civilización. El momento elegido por —el autor el de la aparición y asentamiento de la ciencia moderna—, así como la diversidad de los saberes abordados y la considerable extensión temporal del libro, facilitan que brille esta síntesis de conocimientos.

Y todo ello pese a su punto de partida, ceñidísimo a un nudo conceptual específico: el par *acción-reacción*. Ahora bien, su recorrido no en vano se abre con una cita de Auerbach, de 1939, en la cual el autor de *Mimesis* subrayaba lo fructífero que resulta partir no de un problema general sino de un fenómeno de *detalle*, elegido ante todo por la fuerza misma de las cosas que se le ofrecen al análisis. Por añadidura, hay que recordar las discusiones de otro de sus maestros, como Spitzer, que había dedicado un bello trabajo a la voz 'armonía', lo cual remite tanto al medio vital como al estado de ánimo<sup>2</sup>. Incluso el propio Starobinski elaboró un valioso texto sobre la voz 'civilización' (ahora, en *El remedio en el mal*), y analizó los usos del verbo 'ver' en *El ojo vivo*, como expresión de 'saber' y a la vez de 'impulso extraviado'<sup>3</sup>. Su historia —axial— de la melancolía, con sus ramificaciones por la nostalgia, la sensación de vacío y el vértigo del ocultamiento, significa que el devenir de los hombres no es precisamente la sucesión de los sinónimos de un mismo vocablo<sup>4</sup>.

Al ser encuestado Starobinski<sup>5</sup>, acerca de libros extranjeros imprescindibles que un estudioso francés debería conocer en 1980, y tras nombrar a esos críticos alemanes exiliados, tan de referencia (Spitzer y Auerbach), sugería atender a dos obras recientes, que se circunscribían a la historia de las palabras: *Vergangene Zukunft*, de Koselleck, y *Freiheit, Herrschaft, Geschichte*, de Günther, dos autores que también alientan este *Acción y reacción*, que se sitúa en una encrucijada. Su autor, de paso, cita aquí al lexicógrafo Alain Rey y su rastreo de la palabra «*Révolution*»<sup>6</sup>, término que por cierto baja de los cielos una vez renovada la Astronomía, e incluida ya en la Física, para situarse en los conflictos entre los hombres avanzado el siglo de las Luces, como en cierto grado sucede con lo que plantea este libro starobinskiano.

Si bien *Acción y reacción* se construye sobre la deriva de una pareja de palabras, en realidad Starobinski no realiza una tarea etimológica, sino *semántica* en sentido amplio —con sus mutacio-

<sup>2</sup> SPITZER, L. (1945), *Classical and Christian Ideas of World Harmony* (y, en volumen, Baltimore, Johns Hopkins, 1963).

<sup>3</sup> STAROBINSKI (1989), *Le remède dans le mal. Critique et légitimation de l'artifice à l'âge des Lumières*, París, Gallimard [*El remedio en el mal*, Madrid, Visor, 2000]; id. (1961 y 1999), *L'oeil vivant*, París, Gallimard, cap. I [*El ojo vivo*, Valladolid, Cuatro, 2002].

<sup>4</sup> Además de en STAROBINSKI (1960), *Histoire du traitement de la mélancolie, des origines à 1900*, Basilea, J. R. Geigy, «Acta Psychosomatica» [*Historia del tratamiento de la melancolía desde los orígenes hasta 1900*, Basilea, Geigy, 1962], nunca reeditado, en los casi cuarenta escritos suyos sobre la nostalgia y la melancolía, sobre las máscaras y el desenmascaramiento que les están asociados (cf. nota 8). Por cierto que el autor recuerda que, en este terreno, la fidelidad lexicológica, que produce equívocos, es un modo de afirmarse de la medicina a través de los siglos (p. 9).

<sup>5</sup> STAROBINSKI (1980), «Un livre étranger?», *Le Débat*, 1, p. 133.

<sup>6</sup> Cf. REY, A. (1989), «*Révolution*». *Histoire d'un mot*, París, Gallimard. Los libros citados son KOSELLECK, R. (1979), *Vergangene Zukunft. Zur semantik geschichtlicher Zeiten*, Francfort, Surhkamp [hay trad. esp.]; GÜNTHER, H. (1979), *Freiheit, Herrschaft, Geschichte. Semantik der historisch-politischen Welt*, Francfort, Surhkamp; hizo luego el prefacio a GÜNTHER, H. (1996), *Le temps de l'histoire*, París, MSH.

nes y expansiones—, al distinguir los estratos históricos que se posan sobre un «mismo» esqueleto fonético: sería un modo moderno y reconcentrado de ver la «constitución de un concepto» (tarea que, por cierto, defendía ya Hegel). En este caso, el prisma utilizado por el autor, en principio unilateral, va rotando, y sus caras se aproximan sucesivamente a diversos fenómenos constitutivos de esa polaridad *activa*, desdoblada de inmediato mediante su antítesis. Finalmente, cada plano prismático encajará con los demás, aunque no pretenda darnos una visión global de ese doblete.

Su modo de proceder concuerda con una exigencia personal: la de hacer un análisis transversal de la cultura a partir de la aparición de la ciencia moderna, con la Física desde luego al frente, para llegar al final hasta cierta sociología política, pero tras ofrecer importantes comentarios químicos y medicinales, y calibrar el pulso indagador, muy vigoroso, de la Psiquiatría o de la Literatura. De modo que muchos sabios (Newton, Buffon, Diderot), filósofos (Aristóteles, Hobbes, Leibniz o Kant), así como una legión de médicos y literatos se dan cita ahora, bien superponiéndose, bien dialogando entre ellos. Su amigo Bonnefoy sintetizaba esta caminata intelectual diciendo que es un «largo análisis, a través de varios siglos sobre nuestra modernidad, sobre el nacimiento, la vida, el envejecimiento y los renacimientos de dos conceptos que se articulan estrechamente entre sí, y que constituyen, por tanto, uno de los instrumentos mayores del pensamiento filosófico y científico de Occidente»<sup>7</sup>. No olvidemos que esa división cronológica, basada en los efectos de la nueva ciencia —y propia de la primera *querelle* o del historicismo—, fue sancionada por Husserl de forma maestra en su *Crisis de la conciencia europea*.

En fin, ciertas palabras no dejan de espejear, de un modo cambiante, en el devenir de algunas teorías. En particular, como el propio Starobinski señaló, el lenguaje científico «estuvo durante mucho tiempo ligado al diccionario y a términos heredados». Por ejemplo, la historia de la medicina es una empresa políglota en sentido muy amplio: hay que comprender las palabras del pasado con una perspectiva filológica y científica, pues esas voces, que fueron dichas en idiomas antiguos y modernos, tienen muescas temporales muy dispares<sup>8</sup>. La duplicidad o el *bilingüismo* de Bachelard (sobre quien escribió Starobinski), le permitiría precisamente apelar a la dimensión temporal, con mayor facilidad, en un razonamiento objetivo, y reconocer sus rupturas más fecundas<sup>9</sup>. En *Acción y reacción*, por ello, Starobinski busca la mutaciones de sentido en el vocabulario científico moderno, realiza un análisis de los cambios como índice de la transformación de todos nuestros saberes tras la introducción del lenguaje newtoniano, narra los impulsos intelectuales que alteraron el valor de ese concepto dinámico: esto es, su relación con un grupo más o menos amplio de vocablos (y, por ende, de nociones).



<sup>7</sup> BONNEFOY, Y. (2001), «A propos de J. S.», en su amistoso epílogo a STAROBINSKI, *Le poème de d'invitation*, Ginebra, La Dogana, p. 89.

<sup>8</sup> STAROBINSKI (1999), *Razones del cuerpo*, Valladolid, Cuatro, pp. 140 y 153. Este libro (aumentado con dos agudos artículos de F. Vidal y de J. Mateo Ballorca), contiene una bibliografía total del autor, nuestra, a la que remitimos para el detalle de las paginaciones. El autor piensa publicar un volumen de ensayos, mucho más amplio, sobre las representaciones del cuerpo y las percepciones corporales propias.

<sup>9</sup> STAROBINSKI (1984), «La double légitimité», *Revue internationale de philosophie*, 150.

Starobinski se reconoce como historiador y crítico, y también es un escritor. Pero su «literatura ensayística» no es nada subjetiva, él se mantiene en lo posible alejado de los *biografemas*; toda su reflexión personal se construye a partir de *otros textos*, y, aunque disuelta, se revela acaso en las repeticiones de palabras y los cambios de tonalidad, en sus obsesiones temáticas, en toda elección suya de fragmentos textuales, de raros ángulos de visión, de ricos ensamblajes conceptuales. Quizá sea más adecuado, además de evocar de nuevo a los críticos alemanes arriba citados, recordar su hermoso y escondido libro sobre un lingüista que fue un hombre de las palabras, Saussure, libro que analiza a ese *alter* sabio —ese «otro entre dos»—, y donde Starobinski concluye recordando tajantemente que «todo texto es un producto productivo»<sup>10</sup>. Lo cual es una de sus estrategias asumidas personalmente, ya que trata de reactivar cada texto: reacciona ante él, y *acciona* de nuevo la fuerza de ese *producto* que no será algo muerto, en consecuencia.

2. Pues bien, su recorrido del par *acción / reacción* se sitúa al inicio de la historia moderna: en los antecedentes y, especialmente, en las consecuencias de la revolución científica a partir del mejor pensamiento ilustrado. De hecho, Starobinski ha frecuentado mucho a lo largo de su vida —quizá estratégicamente— el siglo de las Luces, por sus instantes de placer y libertad, su razón regeneradora, desenvuelta y compleja, su sensibilidad desengañada e inteligente<sup>11</sup>; y ese tiempo innovador tiene un gran espacio aquí, si bien él dará un gran peso, de inmediato, a sus efectos intelectuales en la centuria siguiente, de acuerdo con las dos zonas de la cultura —científicas por un lado, literarias por otro—, que entonces se configuran, generando continuos roces entre sí.

Los ámbitos en que ese raro y a veces perturbador despliegue tiene lugar son muy dispares, por tanto, y se hallan claramente deslindados en los apartados correspondientes, aunque acaben entrecruzándose una y otra vez, como sucede en los textos starobinskianos. Al arranque de la física le sigue el de la química un siglo después; el sobrevuelo por la medicina del cuerpo se dobla con la medicina del alma; el fructífero territorio de la Literatura se convierte en índice de las inquietudes del individuo moderno. Por último —y significativamente— aparece el campo político que nace y se revoluciona en el siglo XVIII, centuria de grandes acciones pero asimismo de reacciones finales, del todo decisivas. Starobinski elige el par *reacción-progreso* para cerrar este sinuoso volumen, si bien no lo plantea como una oposición que fulguró en el pasado sino como un conflicto del presente, y del futuro, que late en cuestiones muy actuales.

Más concretamente —ya que todo remitiría a un conflicto clásico, la ruptura provocada por la Física moderna—, el libro se abre con un repaso, rápido y vigoroso de la vieja ciencia del Estagirita y de los calculadores medievales. Starobinski no se limita a mostrar cómo la palabra *reacción* llega tarde —el antónimo de *actio* era *passio* (de padecer), pero Alberto Magno fue introduciendo *reactio*, como término culto, no sin vacilaciones—, sino que aprovecha para revisar, de un modo minucioso y claro, la evolución de la física aristotélica hasta el giro de Galileo —completado por Newton— que será crucial para el par en cuestión. Pues desde entonces todo un mundo de cualidades en mutación que se

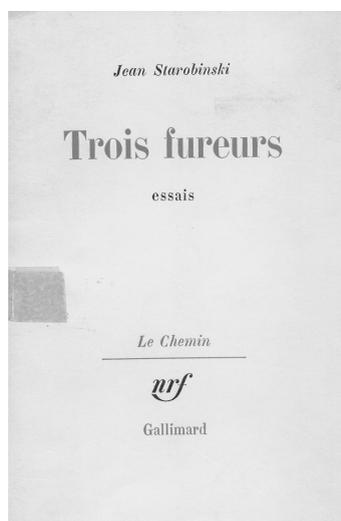
<sup>10</sup> STAROBINSKI (1971), *Les mots sous les mots: les anagrammes de Ferdinand de Saussure*, París, Gallimard, p. 153. [*Las palabras bajo las palabras*, Barcelona, Gedisa, 1996]. Sería interesante conocer su juicio sobre el nuevo SAUSSURE, F. de (2002), *Écrits de linguistique générale* (París, Gallimard), fabricado con los papeles descubiertos en 1996.

<sup>11</sup> Cf., entre otros muchos, STAROBINSKI (1953 y 1994), *Montesquieu par lui-même*, París, Le Seuil [*Montesquieu*, México, FCE, 1989]; (1964), *L'invention de la liberté*, Ginebra, Skira [*La invención de la libertad*, Barcelona, Carroggio, 1964]; (1973), *1789: les emblèmes de la raison*, París, Flammarion [*1789, los emblemas de la razón*, Madrid, Taurus, 1988]. Y su prefacio a CASSIRER, E. (1987), *Le problème Jean-Jacques Rousseau*, París, Hachette, 1987, pp. I-XX. Destaca especialmente este ángulo JAUSS, H. R. (1995), «La arqueología de la modernidad de J. S.», *Las transformaciones de lo moderno*, Madrid, Visor, or. 1988.

analizaban por efecto de Aristóteles se desvanecen en beneficio del movimiento local, allí precisamente donde las acciones y reacciones se perfilan con claridad geométrica y son susceptibles de una cuantificación. Pero la pareja entrará en dos lenguajes científicos, en el mecánico geometrizado y en el mundo vitalista, antes lleno de simpatías, que se verá sometido a una tensión inédita.

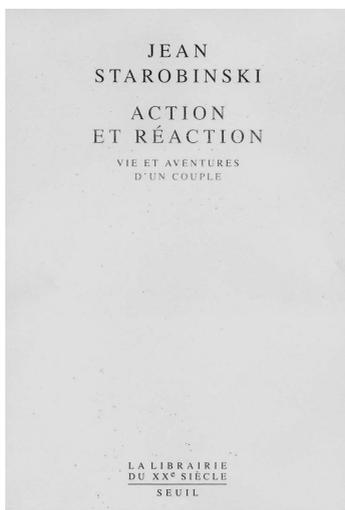
De hecho, el segundo tramo, menos neutro que el inicial, se nutre de Diderot, ese maestro de las hibridaciones en el conocimiento a quien Starobinski ha dedicado una veintena de artículos (aún no refundidos) y un pequeño libro. Ya había escrito hace años, además, un artículo capital para abordar el par de referencia en el propio Diderot<sup>12</sup>. Este luminoso sabio y escritor lo planteaba en mil registros distintos: expresó una teoría de la acción y reacción como principio del Universo; emparejó esas ideas sin igualarlas, sin neutralizarlas; se interrogó sobre el sentimiento interior del cuerpo, sobre las reacciones corporales, de un modo muy moderno. Cierta filosofía filológica suya, que resume las novedades ilustradas, fue su arranque reflexivo, pero Diderot va a entrar en discusiones con los *prequímicos* ilustrados hasta su muerte. Con ellos, y con ciertos médicos, el enciclopedista por antonomasia se identifica finalmente, justo al mismo tiempo que produce los textos literarios y filosóficos más inquietantes. El filósofo de la materia en movimiento, que pone en solfa las rigideces del mecanicismo dominante, se interesa por la efervescencia y la *fermentación* materiales, por los *reactivos* que ocupan el centro de una ciencia a punto ya de brotar, pero también por los sueños humanos en su engranaje vital, los contrastes psíquicos, con sus agitaciones, tumultos y extravíos. Ese famoso par, ubicado ahora, entra en liza en todos los constituyentes de la máquina humana, en una mezcla inusitada que asimismo da pie a entender todos los grandes diálogos, literario-científicos, del polígrafo, especialmente homenajeado aquí por Starobinski.

La *vida que reacciona* va a ser el tercer núcleo, más breve, de su exposición. Ciertos antecedentes de esta idea se hallan en el siglo XVII: Hobbes habla de 'reacción' ya, en vez de utilizar la voz 'pasión', como era común entonces; y el hoy oscurecido médico Glisson inicia la idea de *irritabilidad* que será tan fructífera unos decenios después. Los autores y los tiempos se diversifican enseguida; Starobinski se remite al principio animal que elabora el precursor Buffon, al trabajo teórico sobre la reacción de las fibras nerviosas que desarrollan otros ilustrados como Bonnet o Cullen, así como a Bichat, la figura que los funde y supera con sus revolucionarias *Recherches physiologiques sur la vie et la mort* publicadas en un año fronterizo: 1800.



<sup>12</sup> STAROBINSKI (1989), «'Action et réaction' chez Diderot», en Catherine Lafarge, ed., *Dilemmes du roman. Essays in honor of Georges May*, Stanford University, 1989. Tal investigación va desde (1971), «L'arbre de mots (Diderot et le système des connaissances)», en *Buch der Freunde, zum 70. Geburtstag von J.R. von Salis*, Zurich, Füssli; o bien (1975), «Le philosophe, le géomètre, l'hybride», *Poétique*, 21; hasta (1995), «Diderot et l'art de la démonstration», *Recherches sur Diderot et l'Encyclopédie*, 18-19. Su gran libro, tan esperado, sobre Diderot cerraría la terna de sus autores de referencia (con Montaigne y Rousseau). El Diderot científico, interesado por una química que él adivinaba como decisiva, se vería completado por ese otro Denis dotado de una energía extraordinaria en el que pensamiento y estilo se confunden.

Bichat resaltaba que *vivir* es reaccionar; él ancló en el cuerpo todo el movimiento pasional, con sus continuas perturbaciones. El par muerte-vida, que imperará en tantas expresiones del momento científicas, filosóficas, literarias, incluso históricas y filológicas, adquiere así carta de naturaleza. La vida va a ser lo que *resiste* a la muerte; las ideas de lo visceral y de la visceralidad, que ahora se lanzan, hacen de contraste ambiguo, casi paralelo, entre los trozos de un cadáver y las pulsaciones de un ser viviente o reacionante, de alguien pues que palpita. Por ello también están muy presentes autores muy decimonónicos (en el siglo XIX se instala la voz 'reacción'), como Claude Bernard — Starobinski escribió mucho, en los cincuenta, sobre el pensamiento relativo a la medicina, con especial referencia a Canguilhem y a *El conocimiento de la vida*<sup>13</sup>—, o como el fisiólogo Herzen que enseñó en Lausana, ese hijo del gran escritor, cronista y autobiógrafo ruso, poco divulgado sin embargo en español.



El cuarto capítulo, que trata de las patologías de reacción, nos sitúa definitivamente cuando la ciencia del hombre, con Cabanis al frente, ha cobrado un estatuto peculiar a finales de las Luces (y, por cierto, cita Starobinski los trabajos, no traducidos, de Sergio Moravia sobre este territorio<sup>14</sup>). Es el tiempo de la disolución del alma, del intento por resolver el dualismo inveterado entre lo corporal y lo anímico. El conflicto casi insoluble entre lo físico y lo moral se desvía en estos momentos hacia una transición, en principio, menos abrupta: se aborda, de hecho, como un paso natural que parte de cierta acción para llegar a determinada reacción que llamaríamos subjetiva, más *individualizante*, si bien con un *alma evaporada*.

Aquí, el utillaje conceptual que ha introducido Starobinski, en principio operatorio, se hace especialmente sutil, y el autor se extiende —como conocedor sin parangón del terreno de la tristeza y de sus tonalidades expresivas en tiempos diferentes—, por esos avatares propios de la mente de un animal doble, del *homo duplex*. Se adentra, al fin, en el envés mismo del mecanismo (si bien cada vez más complejo gracias a las Luces tardías), en el *desdoblado* individuo contemporáneo. Y, por tanto, en el tratamiento de sus males, incluyendo a los pioneros, Breuer y desde luego a Freud —modelo de *La relación crítica*, y de buena parte su óptica—, pero asimismo a Jaspers (o a Plessner, el autor de *La risa y el llanto*). Pues, para Jaspers, lo *reaccional* es una respuesta a lo vivido (la melancolía supondría una reacción ante las circunstancias), y precisamente la lectura de sus obras iniciales —en 1909, escribió una tesis sobre crimen y nostalgia, *Heimweh*— condujo a Starobinski a

<sup>13</sup> STAROBINSKI (1951), «Une théorie soviétique de l'origine nerveuse des maladies», *Critique*, 47, sobre Speransky; (1951), «La 'sagesse du corps' et la maladie comme égarement: le 'stress'», *Critique*, 59, sobre Selye; (1953), «Le passé de la médecine», *Critique*, 70, sobre Sigerist; (1953), «La connaissance de la vie», *Critique*, 75-76, sobre Canguilhem; (1953), «Descartes et la médecine», *Synthèses*, 80. Añadamos: (1963), *Histoire de la médecine*, Lausana, Rencontre [*Historia de la medicina*, Madrid, Continente, 1965].

<sup>14</sup> Cf., p. ej., MORAVIA, S. (1968) *Il tramonto dell'illuminismo*, Roma-Bari, Laterza; (1970), *La scienza dell'uomo nel Settecento*, Roma-Bari, Laterza; (1974), *Il pensiero degli Ideologues*, Florencia, La Nuova Italia; (1982), *Filosofia e scienze umane nell'età deli Lumi*, Florencia, Sansoni.

plantearse la historia de dicha palabra. La presencia de esa figura, con todo, va más allá del tono existencial que le rodeó en su juventud.

La densidad e importancia de este tramo se revela en un quiebro retórico final de esta parte de su argumentación. Pues, insólitamente en él, Starobinski introduce un diálogo entre un A y un B, anónimos, a modo de cierre y de pausa. Es una breve pieza literaria, a la manera de Macchia, que le sirve de transición «personal» hacia otras disertaciones sobre esa pareja, que se refieren a la *palpitación* de la vida en los cuerpos. Lo que constituirá un modo de desplazar el conflicto entre materia e idea, y estudiar pares ambiguos como el que forman fuerza-debilidad.

Y es que, una vez compuesto más de la mitad de *Acción y reacción*, va a ocuparse ahora, durante dos apartados, de literatura, ese género ahora en ebullición que vuelca en palabras esa dilatación y contracción, esa especie de diástole y sístole vitales, que Bichat había enganchado en la carne. Balzac, hombre de letras sin duda y algo taumaturgo, lector de un Swedenborg desdeñado por Kant, está al frente del proliferante campo literario que surge en la modernidad posrevolucionaria; y en este caso aparece ese excelente narrador —no muy frecuentado por Starobinski en sus ensayos—, pero más como hombre de las metamorfosis que como retratista de la burguesía en ciernes.

Por otro lado, aparecen cuasirrománticos como Goethe (maestro de Freud) y Novalis, cuyas inclinaciones teóricas son evidentes, y que nos abren a los textos alemanes de Schelling, del médico Schubert, de Heine o de Carus, todos los cuales contribuyen a difundir las expansiones y retracciones en cuestión, ahora *demasiado humanas*, aclimatándolas a sus modos expresivos. Les siguen los poetas ingleses Wordsworth, Keats —en los cuales la experiencia viva, la *pulsación*, era tan precisa e irreductible—, así como el científico Poe, lleno de pulsiones mortíferas y vitales, o sus lectores franceses, Baudelaire, Claudel, Mallarmé o, el abstracto Valéry, cuyo complejísimo *Monsieur Teste* atrajo considerablemente a Starobinski.

Y aún elige otra perspectiva. Un vasto capítulo final, de expreso corte político, no sólo retorna a los viejos modelos de la modernidad —Montesquieu, que acogió modelos físicos para su teorización, Rousseau o, de nuevo, Diderot—, sino que presta atención a un amigo de éste como D'Holbach, a Volney, Condorcet o Mercier. De modo infrecuente en su obra, aunque no en este libro, la revisión de autores que hace es intensiva, y culmina con Kant (referencia casi obligada para el moderno brote de la idea de *Humanidad*), así como a otras figuras del crepúsculo de esa centuria iluminada, en la cual se acuñará el antónimo, *reacción*, de lo que pretendió ser «1789».

Constant, una figura inteligente que deja atrás esa fecha, escribió *Sobre las reacciones políticas*, analizando las perturbaciones derivadas de cierta *acción* exacta, y Starobinski le glosa al igual que a otra figura paralela a la que ha frecuentado, Staël. Pues ella escribió sobre esas «verdades matemáticas» que sacrifican a las personas en beneficio de las grandes cantidades, y que, con sus yerros, provocan tales injusticias que el Estado se desorganiza *a fortiori*. Por lo demás, da la palabra a Hugo, Quinet, Marx —analiza diversas suboposiciones de la pareja, que entra en los conflictos de clase—, y llega hasta Nietzsche, mostrando sin disimulos tanto sus luces como sus pocas sombras.

En un rápido salto final, Starobinski roza ciertos aspectos que han marcado a la principal «tiranía del siglo XX»: resalta en qué lo *reaccionario* merece ser siempre denunciado, y no de un modo genérico sino enfrentándose con cualquier revisionismo, alemán sobre todo, que deseó (y desea) atenuar sus enormes e imperdonables responsabilidades. No cabe difuminar los contrastes de la historia del siglo XX, jugando «objetivamente» con la escala de acciones y reacciones; pues nunca, excepto en una parte básica de la ciencia, fueron mecánicas. Quizá no podía ser menos en una persona que ha dedicado tanto tiempo al lenguaje o a los lenguajes, pero resulta de agradecer que expresamente, antes de recordar por última vez la naturaleza *semántica* su trabajo, recuerde ese *golpismo arbitrario* que supone sugerir que «la lengua en la cual o sobre la cual se trabaja es la

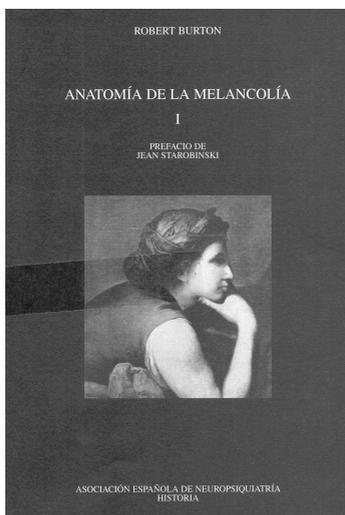
lengua de la revelación auténtica o la de la única filosofía valedera: el griego, el hebreo, el alemán, etc.». Nótese su cortés *etc.*, también irónico, que incluye a todas las lenguas, así la española, y a todos los nacionalismos.

El tamaño y la forma en zigzag de este cierre revelan que las preocupaciones civiles y el cuidado por la actualidad siempre han estado latiendo en un Starobinski en realidad poco «apartado» del mundo. Pues en *Acción y reacción* no trata sólo de abordar las ciencias de la vida y de la mente (marcadas y espoleadas por la nueva Física), o de oír mejor a los autores que han reflexionado sobre la Literatura, tras aparecer los nuevos conocimientos científicos, sino que intenta asimismo hablar de la sociedad presente. Lo cual es una actitud muy propia de la Luces y de nuestra modernidad, acaso más fragilizada desde finales del siglo XX; y a esto responde sin duda su texto, que concluye así, sin concluir: *et une autre action commence*.

3. La perspectiva de su libro, como ha reconocido el mismo Starobinski<sup>15</sup>, es característica de quienes trabajan en las ciencias humanas. Suelen ser éstos los verdaderos pluridisciplinares, esos ensayistas que mejor perciben cómo el lenguaje se remueve, en ciertos momentos, y cómo cada disciplina, aún la de apariencia más firme, se hace perecedera. En este sentido, *Acción y reacción*, como otros textos suyos, a la vez que recuerda el devenir de las ciencias, relativiza su dominio: examina con ayuda de ellas, pero de un modo no lineal y envolvente, aspectos irreductibles a fórmulas, como son la consciencia corporal o la expresión escrita de los hombres, y lo hace de todas las formas posibles. En consecuencia, el camino intelectual del autor —literario, científico, médico-psiquiátrico, histórico-social— ha de ponerse en movimiento para captar, en su curso, los sucesivos pasajes de su panorámica.

Si consideramos por un momento la experiencia vital, personal o no, de Starobinski ello nos permite ver cómo se fragua este modo suyo de caminar por entre múltiples disciplinas, que es el que da carácter a este volumen polifónico. Al recoger, en una Hamburgo de mezclas culturales, el premio Goethe —concedido en 1994 «por su obra científica de alcance internacional»—, se reconoció entre quienes jamás se sienten de *cepa autóctona*: «nos hemos construido una identidad, a veces un poco desconcertante para nuestros vecinos franceses, a partir de una situación geográfica y religiosa que favorecía los contactos con diversas culturas: con la de la antigüedad hebraica y pagana, con las de Italia, que nos quedaban tan próximas, con la lengua y el pensamiento germánicos, pero también con Inglaterra y Escocia, además de con Europa central. A lo que nos une, en muchos de nosotros, una impaciencia que nos hace rechazar cualquier confinamiento confortable»<sup>16</sup>.

Así, a su reconocimiento como ciudadano suizo, se añade un repudio de la seguridad que no supone sólo distancia frente a los sistemas sino también una metáfora de su «presencia en el mundo», marcada por cierta exterioridad, por una verdadera comprensión de lo 'foráneo'. La vida, como poco, le ayudó a Starobinski a ser cosmopolita: su padre se había desplazado a



<sup>15</sup> «Action et Réaction. Isabelle Rüf reçoit Jean Starobinski», Radio Suisse Romande, *Le Culturactif Suisse*, 2001, 25 pp.

<sup>16</sup> STAROBINSKI (1998), «Los deberes del crítico», *Revista de Occidente*, 210.

los diecinueve años desde Varsovia en 1913, para estudiar en Ginebra, donde se fijó definitivamente como médico; él mismo, nacido en el país de acogida poco después de concluirse la primera guerra europea, sólo se naturalizará suizo en 1948, justo al concluir sus estudios de Letras y, a continuación, de Medicina<sup>17</sup>. Sus primeros textos revelan una activa *reacción* ante la Europa de entonces; en el mismo año de *Acción y reacción*, aparecía una breve recopilación de prosas suyas, antiguas (iniciaba su segunda década), comprometidas por sus gustos e ideas con la Resistencia: *La poésie et la guerre, chroniques 1942-1944*, muestra su apego a la poesía y a la acción intelectual en esos años oscuros<sup>18</sup>.

Ahora bien, la confluencia literaria y científica fue completa en sus años formativos. Su docencia comienza en Letras con Raymond, desde 1946, pero también ejerce la medicina en Ginebra entre 1948 y 1953; por añadidura, en esta fecha se traslada por tres años a la Johns Hopkins de Baltimore. Si estudia allí con los críticos literarios y culturales, Poulet y Spitzer, al tiempo sigue los seminarios de historia de la medicina con Temkin. A su regreso, ejercerá como médico en el Psiquiátrico de Cery de Lausana, por dos años, y en 1958 será nombrado profesor de historia de las ideas en Ginebra, su ciudad definitiva (aunque estuvo dos cursos en Basilea), explicando literatura, desde 1964, así como historia de la ciencia, mutación humanística de su anterior práctica médica.

Así pues, la crítica literaria (nutrida de estilística, lingüística, psicopatología y filosofía) puede combinarse con la historia de la ciencia y de las ideas —fue amigo y lector de Eric Weil, discípulo además de Cassirer— en una trayectoria a la vez insólita y en apariencia tranquila, aunque plagada de conocimientos nuevos, de constantes ampliaciones y de actividades mil. De hecho, Starobinski ha participado activamente desde 1946 en los Encuentros Internacionales de Ginebra (de los que fue presidente durante treinta años), y por ese foro europeo pasaron todas las figuras de la cultura en una época vivísima en las ideas y es las ciencias<sup>19</sup>, en donde la filosofía y la literatura se alternaban además con el pensamiento político social contemporáneo.

Y asimismo *Acción y reacción* es una reflexión que arranca lejanamente de esa actividad tan mezclada: ya había abordado el par acción-reacción en cursos y conferencias de las Facultades ginebrinas de Medicina y de Letras, así como en una intervención en Londres de 1975; pero, luego, a medida que lo redactaba desde 1990 hasta 1999, fue poniendo a prueba distintas facetas de su libro en Tübinga, Zurich, Harvard, Munich, París y Roma. Que supone, materialmente, un recorrido por casi todos los sus registros nos lo evidencian sus prepublicaciones: aunque sólo señale Starobinski una formulación preliminar en 1976 —«Le mot réaction: de la physique a la psychiatrie», que, por cierto, remitía a escritos anteriores<sup>20</sup>—, él había ido dando avances de su trabajo, en el ya

<sup>17</sup> STAROBINSKI (1999), *La poésie et la guerre, chroniques 1942-1944*, Ginebra, Zoé. Donde hay un rechazo de la presunta pasividad de su país, con una defensa de muchos intelectuales suizos en esa época.

<sup>18</sup> Su licenciatura en Letras data de 1942 (se doctora en 1956, con su texto capital sobre Rousseau), su licenciatura en Medicina data de 1948, y el doctorado correspondiente, de 1960, se centra en la melancolía. De su familia que quedó en Polonia, mantiene un silencio respetuoso pero nunca olvidadizo: una decena de parientes desaparecieron tras la ocupación nazi. Cf., en VV.AA., *Starobinski en mouvement*, Seyssel, Champ Vallon, 2001, los artículos de C. Colangelo, o J. C. Bonnet. Este importante libro, producto de su homenaje en mayo de 2000, recoge un importante puñado de ensayos del escritor.

<sup>19</sup> Entretien avec le prof. Starobinski. Président des Rencontres internationales de Genève pendant 30 ans», por HÄSSIG, C. (1995), *Cinquante ans des Rencontres internationales de Genève, 1945-1995*, Ginebra. Entre los autores que pasaron, citemos a Rougemont, Picon, Montale, Ungaretti, Ansermet o Poulet (y J.S. conoce en paralelo a J. Wahl, E. Weil, Gouhier, Schloezer, Belaval), además de Ortega, Merleau-Ponty, Adorno, Lukács, Aron, Marcuse, Bonnefoy, Butor o Eco.

<sup>20</sup> STAROBINSKI (1974), «Le mot réaction», *Confrontations psychiatriques*, 12; (1975), «La vie et les aventures du mot 'réaction'», *The Modern Language Review*, 70; finalmente, (1976), «Le mot réaction: de la physique a la psychiatrie», *Diogenes*, 93. Y el escrito inicial de nota 12.

citado apartado sobre Diderot o, desde 1991, en los ámbitos lingüístico, filosófico y psiquiátrico: así sucede con «Action, réaction, interaction: sur quelques dérivations»; con «On the word 'abreaction'»; con una entrada muy política del *Diccionario histórico de la Ilustración*, hecho en Italia en honor a Venturi; con un emotivo «Monde mort, cœurs vivants», base del capítulo literario ya citado; o en «La réaction et la machine animale (Hobbes, Glisson, Buffon)»<sup>21</sup>.

Nada sorprendente resulta ser si se tiene en cuenta que su *Montaigne en mouvement*, de 1982, había comenzado a surgir en los años cincuenta, al ir entregando Starobinski determinadas piezas, a modo de ensayos, que luego logró articular en una obra maestra. Pues, como reconocía en 1996, hablando de «L'usage des revues», para él la publicación parcial era una etapa *juven* —necesaria y provisional, por inconclusa—, antes de las revisiones, alargamientos o entretejidos propios de los libros: «Le temps de la récapitulation est arrivé, celui aussi des livres à finir, en tête-à-tête avec l'auteur d'articles que j'ai été... Ce n'est plus la jeunesse»<sup>22</sup>.

4. Pero no basta sólo, precisamente tratándose de él, con el mundo externo ni con las apariencias, incluso las impresas, de su trabajo. Starobinski es un estudioso en verdad completo, y lo es por los lenguajes que conoce a fondo y, por tanto, por las culturas o experiencias a las que accede gracias a su dominio textual. Siendo escritor de la suiza romance, ha publicado sus obras en Francia, colabora en las grandes revistas parisinas o en grandes proyectos historiográficos de este país: *Faire de l'histoire* y *Les lieux de mémoire*<sup>23</sup>. A su frecuentación del inglés en América, o del italiano —en otro gran país de acogida para él—, o a sus lecturas en español, hay que añadir un sobresaliente uso del alemán. Se inició traduciendo al decisivo Kafka (aún no ha agrupado sus ensayos kafkianos) y a Hofmannsthal. Además de a los críticos alemanes citados arriba, estimó desde siempre a grandes historiadores de la ciencia germánicos, a la escuela hermenéutica en general y a los críticos de Constanza<sup>24</sup>; pero asimismo a los miembros del Instituto Warburg, que cotejaron armónicamente tantos conocimientos y sensaciones.

No es extraño que, alguna vez, haya reconocido que su ideal consistiría en lograr fundir la historia de las ideas con el análisis formal, como lo hicieron historiadores del arte tan desbordantes como Panofsky, Saxl, Gombrich o Chastel. Y es que tal magma de relaciones e intercambios nos conduce ya a su punto de vista teórico, que se define negativamente: nunca se adhiere a un método rígido. A veces ha hablado Starobinski del comparatismo que le atrajo en su juventud —pensaba, al inicio, en Mauss y Caillois, Jung y Kerenyi, Bachelard, Rougemont o Raymond—, pero sus referencias más arraigadas han sido otras: la presencia en su obra de Kierkegard y Freud, la enseñanza

<sup>21</sup> Citémoslos para ver las fases de su elaboración: (1991), «Action, réaction, interaction: sur quelques dérivations», *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 45; (1994), «On the word 'abreaction'», *Cahiers Psychiatriques Genevois*, 15; (1998), «Acción y reacción», en V. Ferrone y D. Roche, eds., *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza (or. Roma - Bari, 1997); id., «Monde mort, cœurs vivants. Éléments de mythologie romantique», *Diogenes*, 182; id., «La réaction et la machine animale (Hobbes, Glisson, Buffon)», en Annie Becq y otros (eds.), *Amicitia scriptor. Littérature, histoire des idées, philosophie. Mélanges offerts à Robert Mauzi*, Paris, Champion.

<sup>22</sup> STAROBINSKI (1996), «L'usage des revues», *La Revue des Revues*, 21.

<sup>23</sup> STAROBINSKI (1974), «Le texte et l'interprète», en J. Le Goff y P. Nora, dirs., *Faire de l'histoire*, Paris, Gallimard, t. 2; y (1992), «La chaire, la tribune, le barreau», en P. Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, t. 2.

<sup>24</sup> Véanse STAROBINSKI (1980), «Sur l'histoire de l'herméneutique», *Le Temps de la Réflexion*, I; «L'art de comprendre», en SCHLEIERMACHER (1987), *Herméneutique*, Ginebra, Labor et Fides; y su pref. a JAUSS, H.-R. (1978), *Pour une esthétique de la réception*, Paris, Gallimard. Para sus artículos sobre historia de la medicina y del pensamiento psicológico, cf. nota 8.

de Spitzer y también de Saussure, el trasfondo de Droysen, Dilthey o de esos historiadores modélicos y ligados al Warbug (a los que se une Cassirer), por lo cual varios de esos primeros autores les resultarían bastante ajenos luego.

De hecho, no le interesa hacer un recorrido general, casi omnicompreensivo, sobre un problema o un autor, ni siquiera seguir una idea constante como la del *círculo* de su maestro Poulet<sup>25</sup>, o analizar *estratos arqueológicos* como los del joven Foucault. Starobinski desea llevar a cabo un comparatismo a la vez estricto y amplio, que parangone, sí, textos de diversas literaturas y también de diversas ciencias —en épocas algo dispares y en planos muy variados—, pero sin acumular ejemplos con un único fin argumental ni dar interpretaciones más bien globales. Un *método fuerte* resulta ser, como resalta Starobinski, de lo más subjetivo. Además él busca «un camino, no una maleza»; trata de recorrer un hilo particular, elegido por su singularidad, y calibrarlo bien mediante múltiples proyecciones.

Este camino-hilo, según lo percibimos en cada comentario suyo, tiene la calidad de lo singular sin ser del todo personal: es un índice histórico-crítico, pero no aplastado por la Historia. Ni está muy alejado de su objeto ni se acerca en exceso a él, como decía hace años: «tal vez la crítica completa no sea ni la que aspira a la totalidad (como hace la mirada dominante), ni la que aspira a la intimidad (como hace la intuición identificadora); es una mirada que sabe exigir unas veces la perspectiva dominadora y otras la intimidad, sabiendo de antemano que la verdad no está ni en una ni en otra tentativa, sino en el movimiento que va incansablemente de una a otra. Pero también —remacha en *El ojo vivo*— puede que la crítica haga mal en regular hasta ese punto el ejercicio de su propia mirada. Más vale, en muchas circunstancias, olvidarse de uno mismo y dejarse sorprender»<sup>26</sup>.

Bien al privilegiar el sentido, como ocurre en *Acción y reacción*, bien al experimentar con el sonido y el ritmo del lenguaje (como también hace, en ciertas ocasiones, Starobinski) un escritor o un pensador ha de ser, en cierto modo, como un exiliado de la lengua que analizan, y precisamente si ésta es la materna (o la paterna, claro está). Su doble estrategia consistirá en guardar cierta *fidelidad* conceptual, que no obstaculice la creación, y en promover una separación adecuada, para el mantenimiento de su posición indagadora. Su *distancia crítica*<sup>27</sup>, de la que tanto se ha hablado, supone una pasión levemente irónica, que conjugue pasión y poesía. Su solidez no se ve acompañada por un bloque conminador de conocimientos. No trata, pues, de intimidar al lector ni de exhibirse. Trabajar el género ensayístico es ejercer un oficio doblemente *útil*: permite procurar ser sabio y, a la vez, intentar ser creador. El gran ensayo hace así de crisol: es un arte regulado, si bien no encauzado en exceso.

Sucede que el ensayo, de antemano, evita ese abuso de la interpretación —bien sea histórica bien conceptual (o referente a la forma y al análisis de las ideas)—, que pretende ante todo *clausurar*, fundir un andamiaje crítico con una presunta retícula que estructura-



<sup>25</sup> POULET, G. (1979), *Les métamorphoses du cercle*, Paris, Flammarion, con un incisivo prólogo del propio Starobinski.

<sup>26</sup> STAROBINSKI, *El ojo vivo*, ed. cit., p. 26.

<sup>27</sup> Véase, sobre todo, STAROBINSKI (1970), *La relation critique*, Paris, Gallimard [*La relación crítica*, Madrid, Taurus, 1974].

ría la obra o el aspecto analizados. Starobinski se aferra a ese filón expresivo porque es un modo de escribir que favorece lo más posible la movilidad. Le permite, cada vez que afronta cierto problema, 'arrancar' de nuevo, y no meramente proseguir. Por tanto, es susceptible de ir engrosando los argumentos sin distraerse, combinando inspiración y concentración. Cada párrafo puede ser un inicio; supone una posición de abordaje que plasma o articula una realidad confusa. Implica una constatación de la finitud y un aprovechamiento asimismo de nuestra temporalidad, marcada por impulsos y por atisbos que pueden bloquearse.

Todo resulta más abierto en esa continua *prueba del escribir*, todo puede reiniciarse y, entonces, proliferar, ramificarse, recibir injertos, tomar un camino secundario, convertir a éste en una vía principal, cuando el discurso lo determine, o al menos ponerlo en paralelo con la otra ruta para hacer de doble o de sombra. El ensayo así considerado es producto del golpe de suerte aunque asimismo de una continuidad más fluida. Entre el instante y la ficción del infinito, admite mejor el reconocimiento de lo fragmentario del saber y el máximo disimulo posible de su impotencia, eligiendo un trozo —un argumento ampliable— para intentar cierta representación singular, pero bien ahormada, de la totalidad.

5. En *Acción y reacción*, el 'léxico' del ensayista se insinúa progresivamente hasta imponerse, aunque al final de la lectura nos parezca un libro más objetivado y sintético, menos entrecruzado en apariencia que otros suyos (y no sólo porque los capítulos se desenvuelvan casi por separado o, mejor, puedan leerse también así). En realidad, su lenguaje, más neutro al principio, adquiere progresivamente un calor distinto, se vuelve cada vez más refugio, arma y, sobre todo, *lugar* de mediación. El tono ensayístico aumenta mientras avanza por él. Lo cual no significa que su autor anteponga los valores subjetivos, algo que se expresaba ya en puntos clave de dos de sus monografías en las que esa tentación podría ser más natural.

Así, al cerrar su sabroso *Montaigne en mouvement*, sugiere incluso Starobinski —siguiendo al padre del ensayismo moderno— que la crítica de los *Essais* requiere una doble dirección interior y exterior, y que, por añadidura, «la conciencia libre no es una conciencia solitaria: se opone al mundo y habita en el mundo»<sup>28</sup>. Resulta evidente que el par acción-reacción, además de sus importantísimos ecos científicos, tendrá que ver siempre con la intimidad y, a la vez, con su exteriorización. El duelo entre lo activo y lo reactivo no deja asimismo de ser trasunto de la confrontación entre conciencia y mundo que tanto le ha ocupado<sup>29</sup>, bien por el camino de la literatura, bien por el de la nosología de lo más sutil, la mente; vías que tanto convienen a la *prosa de ideas* que él cultiva.

Por otra parte, esta *Acción y reacción* no deja de evocar, pero con utensilios novedosos, al momento histórico en que «se propaga un sentimiento real de escisión», esto es, a la crisis de las Luces. En suma, al *problema Rousseau* así como a sus ecos culturales desde finales del siglo XVIII, ya que enseguida el problema íntimo se desplaza hacia las circunstancias, según analiza Starobinski en círculos consecutivos, a partir de la diástole-sístole rousseauiana. Pues su gran análisis inicial ha sido la matriz de una indagación sobre el *citoyen* —y, con matices, sobre el individuo actual—

<sup>28</sup> STAROBINSKI (1982), *Montaigne en mouvement*, París, Gallimard, p. 367.

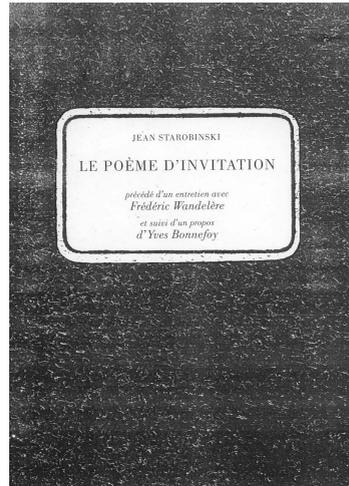
<sup>29</sup> Véase, incluso, el librito provisional de STAROBINSKI (1996), *La coscienza e i suoi antagonisti*, Roma-Nápoles, Theoria, con referencias a la pareja en cuestión. Cf.: «Una de las respuestas que se me han ocurrido, es que el mundo exterior, al que la técnica moderna impone su orden y sus desórdenes, se ha vuelto agresivo, decepcionante, inhabitable (en ciertos momentos). Queda, dentro de nosotros, un mundo salvaje, cuyas imágenes no son siempre tranquilizadoras, pero donde nos parece encontrar intacta una naturaleza primigenia, que ha sufrido demasiadas heridas, a nuestro alrededor, en el exterior», *Razones del cuerpo*, cit., p. 34.

que se ha prolongado en decenas de artículos hasta hoy, hasta el punto de que planea, en cierta medida, sobre ese nuevo libro.

En *La transparencia y el obstáculo*, Starobinski se centraba en un conflicto *bipolar* que repercutía en diversos planos. La bipolaridad se revelaría en la voluntad rousseauniana —pero asimismo contemporánea— de lograr una translucidez, a la que le sigue siempre un impedimento en el *trato* de todo tipo, pues tropieza con él mismo y con los demás. Algo se interpone ante la pretensión de claridad, cuestión que no es meramente individual. Una traba le obliga —y nos obliga— a constatar que «hay que vivir en la opacidad»<sup>30</sup>. Hemos de hacer frente, pues, a esa nebulosidad de lo real o de los hechos que no atisban los científicos ilustrados (ni atisban sus «imitadores» actuales), y desconfiando además de toda transparencia forzada.

Todo lo cual supone cierto nudo activo-reactivo, marcado por las parejas deseo y paralización —o gran apertura y encierro absoluto—, al afectar de pleno al individuo que se configura con el desarrollo de la ciencia, tanto mentalmente como en su comportamiento social. La fantasía de la plenitud comunicadora del saber moderno, frustrada por la imposibilidad de una *mathesis universalis*, tal como se discute desde 1750, tiene cierto correlato o compensación en la fantasía de la expresión pura de los sentimientos, aunque ésta se convierte asimismo en un fantasma, al pensar de continuo que hay un *mal* de fondo que engloba también el interno. Otro tanto sucede en el exterior, al tropezarnos con el artificio humano y el desvío de la naturaleza —a la que queremos seguir sin perder el sentido de la civilización—, o, en el plano político, al arraigar la conciencia de *desigualdad*, que supone pérdida o mitigación de la reciprocidad, y nos hace apelar a otra justicia, a otro ordenamiento, a otro posible lenguaje a la vez nuevo y muy antiguo. El quiebro es múltiple, escribía Starobinski al iniciar su *Rousseau*: «ruptura entre el bien y el mal (los buenos y los malos), entre la naturaleza y la sociedad, entre el hombre y sus dioses, entre el hombre y él mismo. En fin, la historia entera se divide en un *antes* y un *después*»<sup>31</sup>. Esa fractura histórica es la que reconoce en su incomparable *Acción y reacción*.

De ahí —como mostraba Starobinski en miradas de conjunto previas<sup>32</sup>—, el nacimiento de una conciencia histórica que va a lograr cauces expresivos inéditos, provocando, de rechazo, un reparto cada vez más tenso entre dos tipos de saberes, los científicos y los no científicos; pues no existirá ya desde entonces una *historia literaria* común a todos los conocimientos. Al separarse las Huma-



<sup>30</sup> Cf. cómo POULET, G. (1997), «Jean Starobinski», *La conciencia crítica*, Madrid, Visor, p. 184, describe su posición: «Mirar ya no es iluminar hasta el fondo un objeto que se libra en su transparencia; es constatar el límite más allá del cual no se extiende la mirada. Ahora bien, es precisamente ese más allá lo que quiere alcanzar el *ojo vivo*, pero el acto de ver finalmente «no elucida nada», desemboca en una elucidación fallida».

<sup>31</sup> STAROBINSKI (1957 y 1971), *Jean-Jacques Rousseau: la transparence et l'obstacle*, París, Plon y Gallimard [*Jean-Jacques Rousseau: la transparencia y el obstáculo*, Madrid, Taurus, 1983, p. 12].

<sup>32</sup> STAROBINSKI (1789), *Los emblemas de la razón*, ed. cit., p. 93. Tras la Revolución, no es posible remedar a los antiguos, como antes; ese modelo no es trasplantable ya al presente: «sería negar fraudulentamente el poder de desviación y reflexión que, a partir de ahora, es la esencia de la conciencia», la contemporánea.

nidades, la historia de las palabras y los conceptos (subjetivos u objetivos) se pone en alza, de modo que asimismo el devenir de las Ciencias puede entrar en perspectiva con la distancia construida por los saberes más informados que son sus «opponentes». De ahí, también, la complicación que experimenta la idea de *bienestar* en las Luces<sup>33</sup>, y el surgimiento de nuevos proyectos políticos desde el siglo XIX, en general poco atinados.

Finalmente, de ahí esa mayor escisión individual, que nos afecta de pleno, y cuya anatomía nos ha ofrecido Jean Starobinski desde otros ángulos. *Acción y reacción* tiene presente esa división interna nuestra de forma sin duda originalísima, pero aquí su autor, en buena medida, recobra ahora cientos de textos que han abordado la irrupción de la ciencia moderna, con todos sus efectos, si bien los entretreje modesta y sabiamente para mostrar el nuevo trasfondo de la cultura en el que nos movemos.

En definitiva, como él adelantaba en *La invención de la libertad*, todo es efecto de la transformación que experimenta la imagen la naturaleza en el siglo de las Luces: deja ya de ser un «gran almacén de los tipos ideales», una potencia subordinada a los designios de la divinidad, y se transforma ella misma en una especie de «voluntad suprema», en una *energía* abierta e incansable, en un *dinamismo material* plagado de fuerzas y contrafuerzas que se desenvuelven en muy diversos planos<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> Cf. MAUZI, R. (1994), *L'idée de bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIIIe siècle*, París, Albin Michel, or. 1979; BACZKO, B. (2001), *Lumières de l'utopie*, París, Payot, or. 1979; BACZKO (1995), *Job, mon ami. Promesses du bonheur et fatalité du mal*, París, Gallimard. Además de su interés por estos temas, Starobinski ha participado en homenajes a ambos autores; cf. n. 21 y STAROBINSKI (1995), «Le partage des savoirs», en *Le jardin de l'esprit. Textes offerts à B. Baczko*, Ginebra, Droz.

<sup>34</sup> STAROBINSKI, *L'invention de la liberté*, ed. cit., p. 145. Una *idea de naturaleza* que habían comenzado a analizar autores, ya clásicos, como EHRARD, J. (1970), *L'idée de nature en France à l'aube des Lumières*, París, Flammarion; LENOBLE, R. (1969), *Histoire de l'idée de nature*, París, Albin Michel.